

RELEGADOS

POCO DESPUÉS de su viaje nupcial y hasta 1859, Maximiliano y Carlota residen en Milán. Se ha nombrado al Archiduque gobernador de la Lombardía, un pequeño reino entonces dependiente de Austria.

Después, viene un descenso. Los patriotas italianos se sublevan y Austria es arrojada de Lombardía, a lo que no es ajeno Napoleón III. Se ve así privado el príncipe austriaco de su mando y es entonces cuando piensa en un refugio, construyendo Miramar.

El no sufre por aquella degradación. Es más: se siente liberado y concibe la erección de aquel bellissimo castillo en los acantilados del Adriático en Trieste. Allí plantará jardines, tendrá libros, estatuas, cuadros. Se rodeará de lujos y comodidades. Su habitación y su estudio serán de ensueño, con vistas por entre flores y enredaderas, hacia el mar. ¡Un paraíso de paz y de belleza!

Allí, en Miramar, lo descubrirá Napoleón III como el príncipe que más condiciones reúne para servir a sus planes. Y allí también lo encontrarán los emisarios mexicanos que van a ofrecerle un trono. Dentro de la vasta biblioteca inundada de sol y olorosa a sales marinas, aprenderá el español junto con Carlota que en 1863 ya respira triunfante al saberse futura Emperatriz!

Y en las mesas de su estudio se amontonarán los textos de la historia mexicana que por más turbulenta que aparezca a sus ojos, nunca podrá medir desde la distancia en toda su punzante realidad.

También allí leerá por primera vez el nombre de Juárez, verá su rostro cuadrado de bronce y sus ojos pequeños de fulgurante negrura. Un indio adusto, inmutable, un abogado de humildísimo origen que fue pastor de ovejas de niño y aprendió a leer a los doce años, llegando hasta a gobernar su Estado de Oaxaca. Es el Presidente de una República que a él le han pedido reemplazar con un Imperio; y que, según los emisarios mexicanos, ya no existe pues en la capital de México, ya funge como gobierno una Regencia, mientras llega el Emperador.

Mira la imagen de Juárez con curiosidad y extrañeza, pero aquel indio no le es antipático ni repugnante, a pesar de que lo considera su más importante enemigo. Con su bondad innata, con su trágica ignorancia de la humanidad, ya sueña con atraerlo a su lado, con unirse a él en una imposible concordia que fusione la monarquía y la república. Desde la fragata *Novara* que lo llevará junto a Carlota a Veracruz en abril de 1864, ha de escribirle una carta invitándolo, ¡oh iluso! a una conciliación para bien de México. Durante los tres azarosos años del Imperio, tratará en todas las formas de conquistar al intransigente zapoteca; lo invitará que venga al Palacio Imperial, tal vez pensando en la posibilidad de que acepte algún alto nombramiento. Lo admirará públicamente y se mostrará casi tan liberal como el señero patriota mexicano cuando, lejos de abolir las Leyes de Reforma y restituir los fueros y los bienes al Clero, apoya la separación de la Iglesia y del Estado. Su sentido de apreciación falla como en todos sus actos de gobierno. No sabe hasta qué punto su pro-

posición es inadmisibile para aquel espíritu indomable en quien germinaba ya la simiente de una nacionalidad. Juárez no transigirá jamás porque dentro de su conciencia cívica no cabe la idea de que la patria que él está formando después de cincuenta años de luchas fratricidas, de anarquía y desorden inenarrables, sea gobernada por un extranjero.

Si Juárez no hubiese existido, tal vez el destino trágico de Maximiliano habría sido otro. Pero todo parece confabularse contra él, hasta la existencia milagrosa del estoico ex-pastor de ovejas en cuyas venas corre la sangre de Cuauhtémoc y tiene como él, un temple de epopeya.

Maximiliano no verá nunca a Juárez pero sentirá que su presencia llena en todo momento los tres años de su frágil reinado. El Presidente llevará su gobierno de un lado a otro del territorio nacional, hasta las propias fronteras estadounidenses de Paso del Norte, mientras que sus generales Porfirio Díaz, González Ortega, Corona, Escobedo y demás jefes leales, lucharán a muerte en batallas y en guerrillas, contra los invasores franceses que jamás sospecharon tal resistencia. Y el Emperador estará en México o saliendo de vez en cuando a los Estados vecinos dominados, como Puebla, Veracruz y Morelos, pero más como un deseo de conocer el país y extasiarse ante sus bellezas naturales, su vegetación ubérrima y sus climas prodigiosos, que movido por el impulso de un gobernante en acción. Porque Maximiliano, a pesar de su título y de la pompa de su corte que imita a la de Viena, será sólo un Emperador de nombre, prácticamente un relegado como lo fue de príncipe real antes de partir para México. El verdadero soberano es Bazaine que sostiene el imperio con sus fusiles. Y más que él, lo será Napoleón III al otro lado del mar, quien verá pronto que el "negocio" mexicano le cuesta ya demasiados millones de

francos y le gana críticas y censuras que hacen bambolear su propio trono. Cuando ordena la salida de las últimas tropas francesas en febrero de 1867, Maximiliano será un náufrago abandonado en un mar de fuego y sangre.